

POLITÓLOGOS AL WHISKY



Geopolítica de las religiones: Comprender el rol de las religiones en las Relaciones Internacionales

Sebastian D'agrosa Okita

RESUMEN

Los acontecimientos globales y en diferentes regiones del mundo han producido que la dimensión religiosa se vuelva a convertir en un tema recurrente y cada vez más relevante en la disciplina internacionalista. En ese sentido, las diferentes religiones, si bien se han mantenido marginadas de la centralidad del mainstream de los teóricos de las relaciones internacionales, el devenir de los sucesos y el fenómeno de la globalización resultó en que sean un factor ineludible para la comprensión de los sucesos y la dinámica del orden internacional.

Palabras clave: Religión; Relaciones Internacionales; Teología; Poder.

10/10/2021

politologosalwhisky.com

Es bien sabido que el devenir de las circunstancias históricas han marcado y marcan el curso de los debates teóricos. En ese marco, desde el final de la Guerra Fría, para delimitar el presente análisis, se puede observar un creciente punto de contacto entre las tesis del “choque de civilizaciones” y el “retorno de la religión”, reflejada, por ejemplo, en el auge del **Islam político** y la **derecha cristiana**, concebidos como fundamentalismos religiosos.

Ello tuvo como resultado incorporar un razonamiento que entienda lo determinante el rol de los actores religiosos en la política internacional contemporánea (Kepel 1993; Huntington 1996), en parte marginada hasta entonces. Por ende, inevitablemente, hizo surgir para la disciplina internacionalista interrogantes como: ¿cuán necesario es estudiar el factor religioso en las relaciones internacionales? ¿Puede considerarse un oxímoron por tradicional abordaje? ¿De qué manera puede abordarse este tema a la luz de los acontecimientos del siglo XXI?

Al respecto, el presente artículo intenta dar cuenta del **creciente impacto del factor religioso y sus respectivos actores en las Relaciones Internacionales**, es decir, su necesaria inclusión como elemento esencial para entender las dinámicas tanto en sociedades desarrolladas como aquellas en vías de desarrollo. Junto con factores sustanciales como la **economía** y la **política**, los últimos años elevaron el grado de consenso entre los/las analistas nacionales e internacionales sobre la necesidad de que la comprensión de la dinámica del orden internacional requiere la incorporación de la dimensión religiosa. Cabe aclarar que, si bien la dimensión no violenta ocupa un lugar relevante en el escenario internacional, el presente abordaje toma las disputas religiosas e interreligiosas desde el aspecto colectivo en movimientos de imposición y opresión.

¿Qué postura se ha tomado en torno a la religión en los últimos siglos?

Para comenzar, un breve repaso sobre lo que rigió en los últimos siglos: la tesis predominante sostenía que el mundo debía ser supuestamente moderno y para ello debía contener la **secularidad**. Entonces, se postuló **la laicidad de la política internacional**, y en ese sentido, el sistema de Estados, con su concepto de soberanía y no intervención, actuó como escudo contra cualquier exceso inter o intrarreligioso,

como las guerras cristianas intestinas del siglo XVII en Europa, a las que puso fin la **Paz de Westfalia en 1648**.

En ese sentido, durante los últimos trescientos años, en la era moderna, a través del **imperialismo** y la **colonización** el sistema de Estados-nación se expandió desde lo que era una parte de Europa en el siglo XVII al resto del mundo, desalojando o sustituyendo cualquier otra forma de organización política. Eso refiere puntualmente a **la religión en el exilio y al regreso del exilio**. Empero, la realidad constata que estaba en una especie de “encapsulación”, o eso se creía. En todos los Estados que siguen el modelo westfaliano, que ahora abarca todo el mundo, la religión debía permanecer en su ámbito encapsulado y contenido. Sin embargo, como los hechos del presente muestran, tanto la modernización como la secularización han fracasado.

A ello se sumaron factores como la **inmigración** y la **emigración** alrededor del mundo, lo que ha hecho surgir lo que el sociólogo Peter L. Berger denomina “contaminación cognitiva”, que supone la incidencia en el pensamiento entre las personas por medio del diálogo y la proliferación de debates, en tanto puede afectar a los valores y la cultura propia. De modo que, lejos de pensarse como estructuras cerradas, bien podría ser válido retomar una frase de Mahatma Gandhi para enfatizar: “Todas las religiones son parte de la herencia colectiva de la humanidad y son, por ende, propiedad de todos”.

Por otro lado, vale añadir que el diseño original de las Relaciones Internacionales a mediados del siglo XX (plasmado en la organización del sistema de Naciones Unidas), estaba restringido a la cooperación entre los Estados nacionales. Sin embargo, al poco tiempo se fueron incorporando otros actores no estatales. Ello dio lugar a las organizaciones no gubernamentales, que fueron adquiriendo reconocimiento y protagonismo, hasta el punto de designarlas como “organizaciones de la sociedad civil” (Mealla, 1999).

Un caso peculiar es el de la **Iglesia católica**, singular organización religiosa con status de actor diplomático y que, a través de la Santa Sede, ha sido reconocida como sujeto de derecho internacional, con deberes y obligaciones análogos a los de los Estados y habilitada para establecer relaciones diplomáticas con ellos. Además de este caso, es considerable mencionar la cada vez mayor participación de las organizaciones no estatales en las Relaciones Internacionales, a través de aquellas vinculadas inicialmente

a cuestiones humanitarias, reivindicación de los derechos humanos, especialmente civiles y más reciente las vinculadas a la situación de las mujeres, las diversidades y las cuestiones ambientales.

Como relata Iván Petrella en su libro [“Dios en el Siglo XXI”](#) (2020), el fenómeno de la **globalización** ha traído consigo comunidades heterogéneas, conviviendo bajo una gran variedad de valores que hace posible en la actualidad hablar de la “preferencia religiosa” y no tanto de un accidente del destino. Es por ello que se volvió necesario revisar el papel de las religiones y de los actores religiosos, bien considerando la relevancia de las religiones para una reconceptualización de lo político, pero también de lo político para la renovación de las religiones entendidas en su formato tradicional.

Por lo expuesto en este apartado, al reevaluar la amplia relación entre religión y política, se puede puntualizar más bien en la **teología**. Si bien las religiones han sido tradicionalmente el foco de atención dentro del paradigma post-secular, tratado como una dimensión afectiva de la sociedad civil transnacional, la teología ha sido tratada como una expresión del dogmatismo metafísico. De ello se desprende que el pensamiento occidental haya tornado su análisis a la superación de esta herencia dogmática, buscando el dogma basado en la razón humana y la hegemonía secular.

Luego de un periodo en el que se pensaba como inviable la conjunción de la teología con la política, en la actualidad, el campo adoptó un dominio académico de gran explosión, atrayendo pensadores de todo el mundo. De este modo, quienes se han ocupado de analizar esta área de estudio (Giorgio Agamben, Charles Taylor, Jean Elshtain, entre otros), han ponderado a la teología política centrada en las complejas conexiones entre las concepciones de poder y autoridad, fuentes rivales de soberanía y legitimidad y modelos rivales de utopía y salvación.

Repensar el rol de las religiones en las Relaciones Internacionales

De manera progresiva, sucesos de gran magnitud como la **Revolución Iraní en 1979**, la **Guerra del Golfo**, el “11/9” en Estados Unidos y la “**guerra contra el terrorismo**” como producto del anterior, así como los incesantes conflictos alrededor del mundo, hicieron evidenciar un déficit explicativo en la disciplina internacionalista a la hora de abordar la realidad. A ello se le sumó el **surgimiento de identidades colectivas** cuya

impronta tenía como bastión la fe o devoción por una causa alineada con una determinada comunidad religiosa.

La alusión a las identidades colectivas podría referir a lo que sucede en el **Cáucaso**, entre los armenios de Karabaj y los musulmanes azeríes, entre los georgianos y la comunidad musulmana abjasios, y sobre todo entre los musulmanes chechenos, que después de haber sido montañeses, se instalaron después de 1957 (posterior a su deportación) en la llanura y en ciudades en las que los rusos se encontraban desarrollando actividad petrolera.

Pero también se puede aludir al complicado e histórico vínculo de **Israel y Palestina** como reflejo del enredo en pequeños espacios de poblaciones cada vez más opuestas. Es allí donde su enfrentamiento, cada vez más fanáticamente religioso y afectado por el fenómeno de la globalización tomó forma y, con ello, escandaliza al mundo musulmán y al mundo occidental.

Luego de un largo lapso plagado de conflictos y soluciones pacíficas inacabadas, la situación permanece bloqueada y se intensifica y extiende sus efectos cada vez más a nivel internacional. Ello se vincula con el ejército israelí, que se configura como una fuerza nacional decidida, segura de sus derechos y con un material sumamente poderoso, por demás capaz de imponerse a los árabes en Medio Oriente. Sin embargo, no puede garantizar la seguridad en Israel debido a la mezcla de las poblaciones judía y árabe y, sobre todo, a las formas que ha adoptado la resistencia religiosa, con la terrible innovación de los atentados suicidas.

Por ello, luego de los ejemplos citados, una primera impresión podría arrojar el paulatino distanciamiento de las premisas del **secularismo**, la proclamada “**muerte de Dios**” y el componente **racional** en los asuntos públicos. Ello devino en el crecimiento de la relevancia por parte de las “grandes religiones”, cuyo acompañamiento de la construcción de identidades basadas en el nacionalismo religioso (Juergensmeyer, M. 1994) obligaron a recalibrar y repensar el entrecruce entre el mundo del conocimiento y el mundo del acontecer, es decir, la teoría y la praxis. Para tener una incipiente dimensión, según un [estudio](#) del Pew Research Center, existen unas 4.200 religiones, aunque más del 75% de la población global se reparte entre **cristianismo, islam, hinduismo y budismo**.

Esto lleva a situarse en el curso del siglo XXI, en el que la dinámica del mundo transita un acontecer donde la **disputa por el poder global, regional o local** requiere para su análisis la comprensión de un abanico de factores. Entre esos factores se encuentra **la religión**, el gran tabú del pensamiento moderno. “Noblesse oblige”, en el mundo de las relaciones internacionales, **el poder**, un concepto tan relevante como complejo, puede ser abordado como capacidad de influencia de un actor, pero además puede enfocarse como sinónimo de autonomía. Es decir, mientras que la primera dimensión refiere al “poder sobre”, la segunda está vinculada al “poder para” implementar políticas y resistir presiones (Actis y Creus, 2021).

En ese sentido, una manera de abordar los sucesos puede partir desde el lente de la geopolítica de las religiones centrando las **rivalidades territoriales entre fuerzas políticas** que explícita o implícitamente afirman tener representaciones religiosas más o menos diferentes. De igual modo, el análisis geopolítico de los fenómenos religiosos con impacto en la política internacional puede relacionarse con el **dispositivo espacial de un poder religioso o con la organización religiosa de una sociedad**.

Es conveniente señalar, por otra parte, que **ninguna religión ampara abiertamente la violencia**. Al respecto, ante la sinrazón que supone hacer el mal en nombre del bien supremo, se ha visto a los dirigentes religiosos a menudo elevar sus voces para desvincular la violencia de la religión y deslegitimar el terror desde cualquier invocación religiosa. No obstante, cuando la violencia adquiere primer plano y se justifica en nombre de la religión, no es suficiente con negar su nexos. Por lo tanto, si existe manipulación para movilizar voluntades a favor de la guerra, la misma voluntad activa de las religiones es la que puede contribuir de forma capital a la pacificación del orden internacional.

De igual modo, lo cierto es que las **rivalidades religiosas** no se remontan necesariamente a los albores de los tiempos. Es posible que haya habido períodos de coexistencia en los que dos grupos religiosos diferentes se vean obligados a enfrentarse a una tercera fuerza (este fue el caso de los serbios ortodoxos y los croatas católicos contra los otomanos). Hoy en día, los conflictos religiosos regionales se desarrollan como resultado de la difusión de nuevas ideas o como resultado de luchas de poder más o menos distantes. Además, **las rivalidades religiosas se están extendiendo por todas partes** (especialmente desde el fin de los antagonismos ideológicos entre comunismo y

capitalismo), pero se puede ver en muchos casos que son tanto más violentas cuando las poblaciones de diferentes religiones se enredan territorialmente en áreas relativamente pequeñas.

Para la Doctora en Ciencia Política y Relaciones Internacionales **Ángela Iranzo** (2006), la incorporación del factor religioso en los análisis es inevitable, pero además su incorporación tendrá un doble efecto: además de cuestionar la idea de “el retorno” de la religión a la política internacional del siglo XXI planteando su posible continuidad histórica, ofrecerá importantes claves explicativas sobre la concepción de orden mundial dominante en la actualidad. Para lo cual, es menester destacar que cada una de las grandes religiones, así como las religiones tradicionales, se valen de su propia dinámica y ramificación en su evolución hasta la actualidad.

El desafío de la inserción de la religión para el Estado

Lógicamente, los Estados nacionales, mayormente seculares, no permanecen exentos de la reevaluación en la implicancia entre la religión y la política. Ello conlleva a que puedan verse amenazados si no identifica las motivaciones que traccionan los levantamientos armados o las revueltas sociales, más todavía si el gobierno en función no tiene conciencia de la importancia de determinada religión en los individuos como para incentivar acciones colectivas. Lo que deja como corolario es que tampoco encontrará soluciones para enfrentar estos problemas.

Una expresión de las dificultades en este escenario es el fundamentalismo religioso, un conjunto de creencias basadas en una interpretación literal de un manuscrito considerado sagrado, con una exigencia intransigente de sometimiento a una doctrina. El fundamentalismo transitó oleadas desde la década de 1970 hasta la actualidad, en la que su vigor y recrudescimiento de la intolerancia se extendió en prácticamente todos los continentes. Ello se reflejó en las reiteradas situaciones interreligiosas de opresión, lo que ha sugerido que la ideología fundamentalista resulta de las actitudes de derecha y autoritarias que caracterizan a los individuos que la profesan.

Por esta razón se vuelve imperativo esbozar desde un marco multidisciplinario un modelo cuya política doméstica y externa contemple la inclusión de la dimensión religiosa en la agenda política, de modo tal que se pueda identificar y establecer de

forma sistemática el estudio y la capacidad de brindar respuesta ante los sucesos de gran impacto.

Un ejemplo de ello fue lo que sucedió en el **Líbano en 1990**. En ese año culminó una guerra civil, pero también religiosa que se había librado en el año 1975. Entre los enfrentados se encontraban los **cristianos maronitas**, los **sunitas libaneses**, además de los **palestinos y chiitas y drusos**. Una vez finalizada la contienda bélica, cada una de estas comunidades había quedado desgarrada por las luchas internas entre las numerosas comunidades religiosas que habían sido partícipes.

En adición, quedó vislumbrada la manipulación que padecieron por las **influencias externas**, ya sean israelíes, iraníes o de países árabes vecinos. Como corolario, se puede decir que esta guerra en el Líbano, en la que los palestinos jugaron un papel importante en la lucha contra Israel, fue la primera en la que las múltiples comunidades religiosas libanesas se desataron unas contra otras, todas ellas de habla árabe.

Lo que es más, desde 1991 **Argelia** se convirtió en escenario de otra guerra religiosa, una que se desarrollaba de manera feroz entre fanáticos y moderados dentro de un mismo grupo religioso, en este caso el del **Islam sunita**. Por lo cual, aquellos que ahora eran llamados "islamistas" exigieron poder en el nombre de Dios para aplicar la ley Sharía, la ley coránica, y denunciaron casi como depravados apóstatas a los argelinos para quienes los principios de la democracia "en Occidente" no eran contrarios a los del Islam. En ese sentido, la Guerra del Golfo liderada por Occidente fue un golpe para los demócratas argelinos y una bendición para los islamistas, que ganarían las elecciones municipales, luego la primera vuelta de las elecciones legislativas.

Nacionalismo y religión, una latencia coyuntural preocupante

Como se mencionó anteriormente, lo más popular y extendido en sociedades y culturas es la religión. En ese sentido, se podría afirmar que el afloramiento de las ideas nacionalistas no están basadas en algo objetivo ni racional sino, como relata Francisco de Santibañes en su libro "La rebelión de las naciones" (2019), que estos movimientos encasillados en el conservadurismo popular, sustentan sus emociones en la defensa de fundamentos religiosos, la nación y el modelo tradicional de familia.

En ese sentido, la **religiosidad** ha venido a cubrir un factor que afecta a gran parte del mundo, vinculado con la desconfianza de la representación política y la creencia en la “crisis de la democracia”. Cada una de las naciones, en su carácter de construcción histórica, se basan en un determinado sistema de creencias y adhesiones emocionales que inevitablemente tienen efectos políticos.

Por su parte, el **nacionalismo** se configura como un fenómeno social y político que se remonta a finales del siglo XIX de la mano del romanticismo, que unió en gran medida las unidades étnico-culturales. Previo a ello, la inmensa mayoría de los seres humanos vivían en organizaciones cuyas fronteras no coincidían con naciones tal como se las conocen en el presente. Al respecto, cabe mencionar que las identidades nacionales no son objetivas, tampoco eternas ni estables. Por el contrario, se basan en ideales a los que se puede ser más o menos adeptos, pero que se encuentran permanentemente como un campo de posibilidades.

Por ello, en el proceso de identidad nacional la conciencia religiosa desempeña una función importante, adecuada a las condiciones históricas del país que se trate. En este sentido, el nacionalismo ya como **ideología** acapara la exaltación de la nación al punto de tender a considerar la “otredad” por fuera de la delimitación territorial como absolutamente negativo. Asimismo, al basarse en creencias supremas no contrastadas ni contrastables, se constituye manipulando la percepción ciudadana y, con ello, sesga la posibilidad de una crítica social.

En el libro anteriormente mencionado de Francisco de Santibañes (2019) se ejemplifica la descripción de estos liderazgos del siglo XXI mencionando a **Vladimir Putin** en Rusia, **Recep Erdogan** en Turquía, **Benjamin Netanyahu** en Israel, **Donald Trump** en los Estados Unidos, **Narindra Modi** en India, **Jair Bolsonaro** en Brasil. En estos liderazgos destacados, se puede afirmar un rasgo en común: la búsqueda de la congruencia entre la unidad nacional y política, que conllevó a una práctica política en la que se pregona el permanente llamado a la lealtad, a la atención y solidaridad del pueblo para cambiar cómo se ven a sí mismos, movilizar lealtades, promover energías y articular demandas. Para el resto de los ciudadanos, los que no se sienten nacionalistas, el nacionalismo como política crea, a menudo, una percepción de superioridad nacional y una orientación hacia la dominación y, por tanto, el rechazo.

Después de todo, se podría aludir a que, tanto la ideología política como la religión pueden llegar al fanatismo y, como escribió Gilbert K. Chesterton en 1910, se llega a “la incapacidad de concebir seriamente la alternativa de una proposición” y, por tanto, “es fanático solamente cuando no puede comprender que su dogma es un dogma, aunque sea verdad”. En ese sentido, al ponderar la legítima interrelación entre las creencias, religión e ideología que se instala en el imaginario popular de una comunidad y crece a costa de un líder que canalice las expresiones y emociones de esa multitud.

Algunas consideraciones finales

Sobre la base de este análisis centrado en el pensamiento político internacional y sus teorías se buscó articular la compleja interconexión entre la política internacional y la teología política, a menudo socavadas por los fundamentalismos religiosos. Al respecto, la propuesta implica ir más allá de las dicotomías modernistas y sumergirse en el pluralismo teórico. En ello se incorpora la tipificación interpuesta en el surgimiento del islamismo militante y el extremismo religioso, por un lado, y los secularismos polémicos encontrados en los círculos científicos sociobiológicos y neo darwinianos modernos, por el otro.

El “retorno a la religión” (Kepel, 1993) supone el regreso a la teología y una investigación de su relevancia para la teoría y la política internacionales. Empero, así como la comprensión de la dinámica del orden internacional se transforma a través del encuentro con los diversos tropos, también las religiones y la teología, lejos de adoptar un discurso monolítico, tampoco permanecen intactas, ya que el devenir de ciertos acontecimientos supone un viaje de transfiguración para el pensamiento teológico.

Referencias bibliográficas

- Altemeyer, B. & Hunsberger, B. (1992). Authoritarianism, religious fundamentalism, quest, and prejudice. *International Journal for the Psychology of Religion*, 2(2), pp. 113-133.
- Creus, N. y Actis, E. (2019). *La disputa por el poder global: China contra Estados Unidos en la crisis de la pandemia*. Editorial Capital Intelectual.
- Dosdas, A. (2006). *Religión y Relaciones Internacionales: genealogías*. Foro Interno. Anuario de Teoría Política.
- Dubertrand, R, Chelini-Pont, B. y Zuber, V. (2019). *Géopolitique des religions: un nouveau rôle du religieux dans les relations internationales?*. Éditorial CAVALIER BLEU.
- Huntington, S. (1996). *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Ed. Simon & Schuster.
- Juergensmeyer, M. (1994). *The New Cold War: Religious Nationalism confronts the Secular State*.
- Kepel, G. (1993). *The Revenge of God: The Resurgence of Islam, Christianity, and Judaism in the Modern World*, trans. Polity Press.
- Mealla, W. (1999). Convergencias, divergencias y tareas en torno a la sociedad civil. En Scannone, J. C., et. al. (eds.). *Argentina, alternativas ante la globalización*. Ed. San Pablo.
- Petrella, I. (2020). *Dios en el siglo XXI: Judaísmo, cristianismo, islam, hinduismo y budismo para creyentes, ateos, agnósticos, curiosos e indiferentes*. Editorial Debate.